

## LOS REYES DE LUISIN

(CUENTO)

DE puntillas, procurando amortiguar el ruido de sus pisadas para que no puedan oírle, ha entrado el pequeño en el despacho de su padre, que permanece ahora siempre vacío, por encontrarse éste muy lejos, allá al otro lado del mar. Es tan chiquitín, que ha de ponerse de rodillas sobre el sillón, para poder llegar hasta el tintero. Busca afanoso una cuartilla y cogiendo el palillero, que aprieta con su manita, se dispone muy serio, —consciente de la importancia del acto que va a realizar—, a escribir su carta a los Reyes Magos.

Es víspera de Reyes y el niño les aguarda impaciente. Quiere pedirles algo que nunca les pidiera, y por eso quiere escribir su carta, sin que lo sepa la mamá. Es una sorpresa y todos deben ignorarlo.

Luisín Heredia y Fontanal, es una criatura lindísima, de grandes ojos negros, muy negros, sombreados por espesas pestañas, largas y rizadas, rubias como su pelo sedoso, rizado también, que le da el aspecto de un Niño Jesús. Es un chiquillo fuerte y sano, de figurilla esbelta, encantadora. Hijo único y por tanto mimado y agasajado por todos. Sus padres no son ricos, pero ocupan una posición desahogada, que les permite complacerle en todos sus deseos.

Estos seres que podían ser tan dichosos, no son felices por la ausencia prolongada del padre. Es marino y navega allá lejos, muy lejos, apartado de los dos seres idolatrados de su corazón. Ya va a hacer cuatro meses que se marchó y Luisín durante este tiempo ha visto muchas veces llorar a su madre, aunque ella trataba de ocultar sus lágrimas para no entristecer al niño. La casa está ahora triste; ya no resuenan en ella las risas y la algazara del padre, que jugaba con Luisín, como si fuera un niño más. El pequeño, a veces, deja sus juegos para preguntar a la mamita: «¿Cuándo viene papá?»; y sus ojitos se llenaban de lágrimas, al ver que su madre lloraba al oír su pregunta. Por esto Luisín no quiere pedir a los Reyes este año, como en los anteriores, que le traigan juguetes. Ahora desea algo que le interesa mucho más, y reclinado sobre la mesa, se dispone a escribir su carta. Sus rizos revueltos caen sobre los ojos y sacude la linda cabecita, para despejarlos. Con la puntita de la lengua fuera, apretada entre los dientecillos, como si al hacer este esfuerzo, encontrase mejor la inspiración, escribe sobre la blanca cuartilla, con letras grandes, desiguales. Es tan chiquito, que apenas sabe escribir; sin embargo esto no le arredra, y escribe:

«Ceridos Relles Majos: Este año Luisito no ciere gugetes, ni dulces, ciero pediros ota cosa ce me gusta más. Ciero pediros ce no me mandeis el balón de reglamento, ni el acoracado de gerra, ni el taba-

llo de tartón, no ciero esto. Boi a deciros lo ce ciero ce me taigais, taerme a papá, porce mi mami lora mucho, po ce no eta el, llo no teno ganas de gugar hata ce venga mi papá.

Eto e lo ce desea, vuetò amijo ce os manda mucho beso. Luisito.»

El pequeñín, muy serio, ha terminado su carta llena de tachaduras y borrones, y cogiendo un sobre blanco, la introduce en él, después de poner la dirección: «Señore Relle Majo de Luisito.»

Muy orgulloso de su obra sale llevándola escondida bajo el delantalillo de rayas, que mamá le obliga a ponerse para sus juegos. Abandona el despacho cerrando otra vez con cuidadito la puerta. Por suerte, la mamá no está en casa; ha salido esta tarde, dejándole al cuidado de Mercedes, la fiel sirvienta, que está ocupada en preparar la cena. El niño es dócil y Mercedes, confiada, se ha entregado tranquila a su trabajo.

Luisín oculta la carta en la mesilla de noche del cuarto que comparte con mamá, para después ponerla en su zapato, cuando llegue la hora de colocarlo en el balcón.

Marina Fontanal, la mamá de Luisín es muy joven. Se casó cuando aún era una chiquilla y al año de su casamiento nació su hijito. La mamá es rubia como el niño, lindísima, sus facciones son dulces; sonríe ahora con una sonrisa triste, desde que Miguel, el esposo adorado, se marchase. Están tan unidos, que le es muy costoso vivir sin él, a quien añora constantemente. No ignoraba al casarse que la vida de la mujer de un marino es muy triste, por ver interrumpida la dicha de su hogar por largas separaciones. Sin embargo, se había enamorado del apuesto marino, simpático y atrayente, que tanto interés la había demostrado desde que se conocieron y se resignó a esta vida, con tal de saberle suyo. En la separación solo sus cartas y el amor de su hijito, eran su consuelo. Miguel, al marchar, la encomendó muy serio al hijito adorado: «Luisín, tienes que ser muy bueno, para cuidar a mamá. Ahora eres tú el hombrecito de la casa, y a tí corresponde velar por la mamita», y el pequeño prometió que así lo haría.

Marina ha salido esta tarde de casa, porque no olvida que es víspera de Reyes y no quiere que a su pequeñín le falten los juguetes, como a los demás niños. En la ausencia del padre, quiere mimarle más, para compensarle de ella. Ya se lo encargaba así Miguel en su última carta y quiere cumplir fielmente su encargo, aunque al hacerlo, comprende que ha de sufrir mucho, recordando otros días dichosos en que los dos eligieran, ilusionados, los juguetes para el niño. Regresa ya tarde a casa, después de haber recorrido las tiendas, con los brazos cargados con esas chucherías que tanto ilusionan a los niños. Quiere ocultarlos para que Luisín no los vea hasta el día siguiente, y para que el niño no la encuentre, entra por la puerta de servicio y después de guardarlos, busca al pequeño.

Luisín está en el comedor, donde Mercedes le sirve la merienda, y al ver entrar a su madre, se levanta de la mesa, corre a su encuentro con los brazos abiertos y llena de besos la cara de la mamita, que corresponde con creces a sus caricias.

—Ven, cariño. Ahora merendaré yo contigo. ¿Ha sido bueno Luisín?—pregunta a la muchacha.

—Muy bueno, señorita. Luisín es un niño muy bueno, y los Reyes le traerán muchas cosas.—Mercedes es joven y bonita, morena, de grandes ojos negros, lleva algunos años en la casa y adora al chiquitín, que sabe hacerse querer de cuantos le conocen.

—¡Qué cabeza!—finge la madre—. Ya no me acordaba de los Reyes y tenemos que escribirle una carta, para pedirles que te traigan muchos juguetes. ¿Verdad, hijito?—. La mano suave de Marina alisa los cabellos alborotados de su niño. Los dos forman una pareja encantadora; más que madre e hijo parecen dos hermanos, porque esta madre tan joven, parece la hermana mayor de su nene. Se parecen como dos gotas de agua. Solo varían los ojos. Los del niño son negros, muy negros, como los del padre, y los de Marina son azules, de un azul purísimo como el cielo. Ella trata de ocultar su pena al fijar sus ojos en el sitio vacío del amado. ¿Donde estará él? ¿Se acordará en este momento de ellos? No quiere llorar para no entristecer al niño, que está impaciente, deseoso de que llegue el siguiente día, para ver si los Reyes han cumplido su encargo.

—Mamá, ¿qué hará papaito ahora? ¿Se acordará de nosotros?

Marina se conmueve al ver que el niño está también pensando en su padre. En vez de pensar en los juguetes que espera, piensa en el padre adorado, al que Luisín tampoco olvida.

—¡Claro que sí, mi vida! Papá estará acordándose de los dos y como nosotros, deseando vernos—. Al decirlo no puede reprimir sus lágrimas y el niño la besa, deseando consolarla con sus caricias.

—No llores, mamita. Mi papá vendrá muy pronto; ya lo verás, y no se marchará más de nuestro lado. Estaremos siempre contentos como antes.—Dice muy convencido.

Marina sienta al niño en sus rodillas; han terminado de merendar y mientras Mercedes retira el servicio, ella habla con su hijito.

—No llores más, Luisín; no quiero llorar, porque papá no quiere que llores y tú sabes consolarme con tu cariño, ¡es tan bueno mi niño! sabes cumplir el encargo de papá y cuidar a la mamita. Ahora vamos a escribir a los Reyes ¿quieres?—Aparta un mechón de rizos de los ojitos del niño y ve la naricilla manchada por un tiznote que él no ha visto y le pregunta extrañada:

—Pero Luisín, ¿cómo te has puesto! ¿Dónde te manchaste así?

—¿Qué es, mami?

—Te has manchado de tinta la nariz; ven que te la lave. ¿Has estado escribiendo?

—He escrito a los Reyes. Ya no hace falta que escribas tú la carta, como cuando era chiquito; ya sé hacerlo solo.

—¿Tú has escrito a los Reyes?; y dime: ¿Qué les pides?—sonríe acariciándole, al pensar que el muñeco, sabe valerse por sí mismo.

—Es una sorpresa, ya lo verás mañana. Es una cosa que te va a gustar mucho, pero no quiero que leas mi carta; no quiero que lo sepas hasta mañana.

—Mi niño tiene un secreto para mí. ¡Picarón! temprano empiezas a ocultarle las cosas a mamá. ¡Está bien! tampoco te diré yo lo que he pedido a los Reyes para tí.

—No me importa, es mejor no saberlo, porque así mañana me gustará más lo que me dejen.

Ha llegado el momento solemne de colocar los zapatitos en el balcón. Luisín, antes de acostarse ha seguido a la mamá al comedor y los dos han puesto los zapatos del niño. El se empeña en poner también los de mamá, y Marina tiene que ceder al deseo de la criatura. Sonríe al nene y se siente triste, al pensar que ahora no está Miguel como otros años, para dejar un regalo en su zapato. El amado no puede sorprenderla con su obsequio, en el que ponía tanta ilusión por verla sonreír contenta, al verse mimada por él como en el primer día de su unión, sin que el tener el hijito, le robara nada de la ternura de aquel niño grande, que sólo vivía para ella.

La luna, con su luz plateada, ilumina el jardín de la casa, cubierto por un blanquísimo manto de nieve, que brilla en la noche, dándole un aspecto fantástico e ideal. Hace un frío intenso y después de dejar los zapatos en el balcón, Marina cierra los cristales y se aleja con el niño para llevarle a su camita. La cuna del niño está junto al lecho de la madre. El es ahora su única compañía y quiere tenerle siempre a su lado.

Aprisa, despoja al chiquillo de sus ropas y le pone el pijama de franela calentito; después Luisín arrodillado sobre la cama, junta las manitas como ve hacer a la mamá y ruegan los dos a Dios, porque no le pase nada al padre adorado. El sueño va cerrando los ojos del niño, cobijado en la cuna, como en un blando nido, y Marina al verle ya dormido, sale de puntillas, con cuidado de no despertarle. Después de separar los rizos de la frente, para dejar un beso en su carita de angel.

Seguida de Mercedes, que le lleva los juguetes que adquiriera por la tarde, se instala en el comedor y las dos van desenvolviendo los objetos que mañana colmarán de alegría al niño. Al terminar, despiden a la muchacha y cuando se queda sola, saca del balcón los zapatitos del niño, en los que él depositara su carta. Siente curiosidad por saber qué es lo que el hijito pide a los Reyes; sonríe al ver la letra del pequeño en el sobre y abre la cartita llena de borrones y tachaduras, apenas legible. Pero sabe entenderla, y al leer la petición de su hijo, siente subir las lágrimas a sus ojos y reclinando sobre la carta su cabeza, la besa una y mil veces y solloza de pena y alegría. ¡Pobre hijito!, es tan chiquitín y sin embargo ha demostrado sentir como una persona mayor. ¡Que dichoso sería Miguel si supiera como le quiere el niño!; pero está tan lejos, que no puede participar con ella en este instante, de la emoción que el niño la ha hecho sentir. ¡Qué daría por poderle enseñar la carta de Luisín!; por leerla los dos juntos y arrojarle uno en brazos del otro, unidos en el amor del hijo.

Está tan abstraída, que no ha sentido que alguien acaba de entrar en el comedor. Da un grito de terror, al sentir que unos brazos va-

roniles la estrechan con fuerza; se levanta asustada; cree que es un ladrón, que sabiéndolas solas, ha aprovechado la obscuridad de la noche para entrar en la casa, y cree soñar, al ver a su marido a su lado, en el momento en que más lo anhelaba. No es posible que sea él en persona; sin duda está soñando, quisiera no despertar, para que el esposo no desaparezca de su lado, pero la voz querida la dice al oído, sin dejar de abrazarla:

—¿Te he asustado, amor mío? ¡Perdóname! He querido sorprenderte y por eso no te he advertido mi llegada. Acabo de llegar esta noche, que será inolvidable para nosotros. He conseguido un destino en el puerto. No he querido decirtelo, hasta verlo confirmado. Ahora ya no me separaré más de vosotros.

—¡Miguel, alma mía! ¿Es posible que seas tú en realidad, quien está a mi lado? Es tan maravilloso, que temo soñar. Temo despertar de nuevo lejos de tí.

—No sueñas ¡vida mía! soy yo, tu Miguel, quien está contigo para no separarme más de tí, mujercita adorada. Cuando llegué, leías una carta y estabas llorando. ¿Era para mí?

—¡Oh Miguel querido!, la carta que leía era de nuestro hijito a los Reyes Magos. El alma mía la escribió solo esta tarde mientras yo salí a comprarle los juguetes. No quería enseñármela, me decía que era una sorpresa que había de alegrarme. Puedes imaginarte mi emoción cuando la leas.

Los dos la leen juntos, con las cabezas muy unidas, y al terminar la lectura de aquella cartita del hijo adorado, en la que pueden ver la inmensa ternura de un corazón infantil, que tanto les quiere, hay lágrimas en sus ojos. Miguel conmovidísimo, atrae a su mujer hacia su corazón y la besa en los ojos, que tanto han llorado por él.

—Dios ha querido concederle a nuestro pequeño, lo que le pedía. ¡Bendito sea! El Niño Jesús ha querido otorgarle a nuestro angelito el mejor regalo de Reyes, al traerle de nuevo a su padre para que vele por él. ¡Qué hijo nos ha dado Dios!, nunca podremos agradecerle bastante el habernos dado este tesoro. Vamos a verle, estoy deseando darle mil besos.

—Tendrás que contentarte con verle, por no despertarle. Es mejor que no te vea hasta mañana, para que crea que en realidad fueron los Magos, los que le trajeron lo que con tanto afán les pedía.

—Por eso me encontraste llorando, deseaba que participaras conmigo de la emoción que sentía al leer su carta, para que supieras cómo nos quiere nuestro hijo; y lloraba al pensar que estabas tan lejos que era imposible tenerte en este momento a mi lado. Ha sido un milagro de Dios, sin duda, el que nos ha concedido la dicha que acabamos de alcanzar.

Muy unidos los dos, enlazados por la cintura, se acercan al niño. Luisín duerme como deben dormir los ángeles; en sus labios se ve una sonrisa, que ilumina la linda carita. Sin duda está soñando con el regalo que ha pedido a los Reyes Magos, sin sospechar que ya le ha sido concedido. Los padres, emocionados, le ven dormir. Miguel

le besa despacito, apenas roza su tersa frente por temor a despertarle. Marina le arroja con cuidado, le entra el brazo derecho que tiene sobre el embozo, entre las ropas de la cama, para que no se enfríe y permanecen largo rato viendo dormir a Luisín.

Muy de mañana se despierta éste, y sin perder un momento, salta de su cama; como un torbellino corre al balcón, que abre de par en par; sus ojos buscan ávidamente los zapatos de mamá, sin acordarse de los suyos. En el balcón del comedor encuentra infinidad de juguetes que colmarían de felicidad a cualquier niño; él ni siquiera los mira, en su inocencia, cree que va a encontrar junto a los zapatos de mamá lo que tanto desea. Es tan pequeño, que no comprende que esto no puede ser y desconsolado, al ver que en el zapato de su madre no hay otra cosa que unos paquetitos, cierra de un portazo las cristalerías y se acurruca de nuevo en su camita, donde rompe en sollozos.

Los Reyes no le han hecho caso, le han traído juguetes como todos los años, sin pensar que él, ahora, no quiere más que vuelva papá.

Los padres han entrado en la alcoba, deseando presenciar el despertar del niño, y Marina le llama con dulzura.

—Luisín, despierta ¡cariño! ya han venido los Reyes y te han traído muchos juguetes. ¡Anda, levántate perezosillo!, verás cuantas cosas han dejado para tí.

Las ropas de la cuna se agitan por los movimientos del niño al llorar, y asustada al oír su llanto acongojado, le abraza muy fuerte y llena su carita de besos; después le seca las lágrimas con su pañuelo.

—Pero. ¿qué tiene mi niño? ¿Por qué lloras, vida mía?

El chiquitín, entre sollozos, le cuenta su pena, su desencanto al ver que los Reyes no han traído lo que les pidiera.

Miguel se adelanta conmovido, al ver cómo le quiere su nene, que llega a olvidarse de los juguetes, para pensar solo en él y le abraza apasionado, muy fuerte, contra su corazón, colmándole de besos y caricias.

Luisín da un grito de alegría al ver a su padre y rompe a reír y llorar nervioso, sin querer soltarle, y Marina los abraza a los dos, y los tres unen sus risas y sus lágrimas.

—¡Mi Luisín! ¡Mi niño querido! Ya ves cómo los Reyes te han traído lo que le pediste. Trajeron para siempre a papá, ahora ya no volverá a marcharse nunca. Esa era tu sorpresa ¿verdad cariño?

—¿Te gusta, mamita? —pregunta el chiquitín triunfante—. Se sienta contento, orgulloso de haber logrado de los Reyes que le devuelvan a papá, y su carita resplandece de gozo, al mirar a su madre, como diciéndola: «Soy yo el que te le ha traído, para que no llores más».

—¿Que si me gusta? Como no puedes imaginarte. Es a tí a quien se lo debo. Papá ha vuelto, porque mi Luisín se lo ha rogado a los Reyes y ellos no han querido negárselo.

—A los Reyes y al Niño Jesús; todos los días les pedía que volviera papá.

—¡Mi niño querido! ¿Tanto quieres a papá?—le pregunta el padre feliz, llenándole de besos.

—Mucho, muchote, más de mil arrobas. Quería que vinieras porque no llorase mamá. Estábamos los dos muy tristes sin ti—dice el niño con la gravedad de un hombrecito—. ¿Es verdad que ya no te marchas más?

—De veras, Luisín, tu padre nunca miente. Me quedo con vosotros para siempre. Hoy iremos los tres a ver mi barco. Es un barco grande, que te va a gustar mucho. Pero antes, vamos a ver que te han traído los Reyes. ¿Ya no te gustan los juguetes?

—Sí me gustan, pero mejor que los juguetes quería que vinieras tú.

—Entonces vamos a buscar lo que te han dejado. Creo que este año te han traído más cosas que ningún otro.

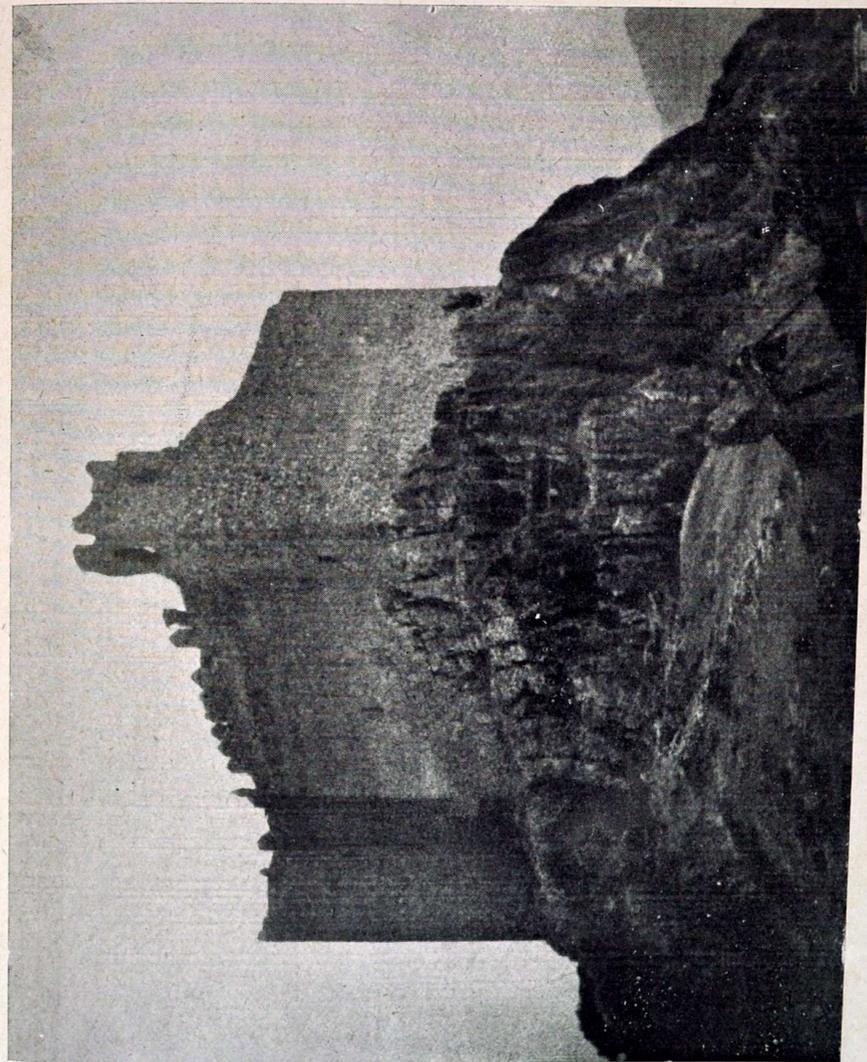
Miguel coge al niño en sus brazos y le sienta en la piel de tigre que hay en la alcoba. Mercedes lleva en sus brazos todos los juguetes que comprara Marina, a los que se han unido los que trajera Miguel, y después de dejarlos al alcance del niño, asegurándose de que los señores no desean nada, sale cerrando la puerta, para que nadie turbe esta hora de intimidad. Instalados los padres de Luisín sobre la piel, al lado del pequeño, van enseñándole todas las chucherías que dejaran los Magos. Luisín lanza exclamaciones de asombro y alegría, al ver los preciosos juguetes. Está tan contento al tener de nuevo a papá a su lado, que no sabe estarse quieto ni callado un momento. Se entusiasma sobre todo ante el inmenso acorazado de guerra, en miniatura, fiel reproducción del barco que manda su padre y está ansioso de verlo en el agua. Quiere que le vistan en seguida y que le lleven a la playa para jugar con él.

—Espera, hijo mío; antes tenemos que ver qué han dejado los Reyes para mamá.

Y Marina, conmovidísima, abrazando a su marido y besando la rubia cabecita de Luisín, exclama:

—A mamá, los Reyes este año, le han dejado el mejor de los presentes: la felicidad.

MARIA REAÑO



ALBUM EXTREMEÑO: Castillo de Puebl'a de Alcocer